

Históricas Digital

Alicia Mayer

“Presentación”

p. 5-20

*Carlos de Sigüenza y Góngora
Homenaje 1700-2000. I*

Alicia Mayer (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

394 p.

Figuras

(Serie Historia Novohispana 65)

ISBN 968-36-8219-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/371_01/siguenza_gongora.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PRESENTACIÓN





El año 2000 puede significar para muchos una simple abstracción numérica en un plano ascendente: termina un siglo y acaba también un milenio. Pero la conciencia humana poco se conforma con un enfoque matemático u objetivo para situar su propia vida: debe buscarle sentido. Por ello, comúnmente los parteaguas cronológicos coinciden con el despertar de nuevos puntos de vista en el terreno de la cultura y de las formas de organización de los pueblos. La humanidad planea, organiza y espera, luego tiene éxito o se fracasa; la proximidad de un nuevo ciclo siempre nos proyecta, casi por inercia, hacia el mañana.

Empero, tal parece que en la marcha por el sendero del futuro se peca de soberbia y se ignoran frecuentemente los legados del pasado. Para lograr un mejor porvenir debe asumirse lo que otras generaciones han construido, pues su experiencia ha forjado patrones de identidad y de conciencia en cada pueblo que no deben olvidarse.

El año 2000 nos debe recordar la deuda que tenemos con la historia y la necesidad de revisar el desarrollo conseguido por otros hombres y mujeres que nos han precedido con el fin de cimentar con firmeza ese anhelado futuro. Para el próximo milenio, seamos capaces de analizar —con la distancia temporal que nos separa— todos esos siglos de historia conformativa de nuestra singular realidad actual para asumirla.

Las anteriores reflexiones surgen al meditar sobre este volumen, el primero de los que componen nuestro homenaje. Curiosamente, no apuntamos hacia el futuro; nuestra atención se orienta a un remoto 1700, o incluso más atrás en el tiempo. En particular, los que han aportado aquí sus opiniones recuerdan a Carlos de Sigüenza y Góngora, un novohispano cuya vida transcurrió en el siglo XVII, con motivo de su fallecimiento hace trescientos años. En ese entonces se trataba del final de una centuria, no de un milenio como lo es ahora, pero los hombres de aquel tiempo se cuestionaban también su futuro. Para Nueva España aquélla fue una época de contrastes. Hubo esplendor en muchos aspectos e intolerancia en otros, crecimiento económico y recesión, paz en algunas provincias y rebelión en otras, consolidación a la vez que tensión entre los diferentes estamentos sociales. Hubo, también, una reafirmación de valores religiosos y una fuerte compulsión y control por parte de la Iglesia y de las autoridades virreinales.

Las circunstancias que experimentaba España repercutían en sus colonias. 1700 marcó el cambio de una dinastía al morir Carlos II. Se vivían tiempos de crisis, la economía sufría por los gastos de guerra en el continente y la defensa del Imperio, las enfermedades y la pobreza asolaban a la población, mas también se abría un nuevo panorama de cambio en los niveles intelectual, ideológico y artístico.

En fin, éste fue el mundo del que Sigüenza y Góngora fue testigo justo antes de morir. Don Carlos fue un hombre reconocido en su propio tiempo por sus amplios conocimientos en todos los campos del saber, por su sabiduría, erudición y curiosidad científica. Existen extraordinarias biografías sobre nuestro personaje¹ y no considero que éste sea el espacio para sintetizarlas. Basta decir que fue Sigüenza un criollo notable. Nació en la ciudad de México en agosto de 1645. Desde niño se dedicó al estudio, primero bajo la vigilancia de su padre y en sus años de juventud con los jesuitas. No cumplía veinte años cuando salió de la Compañía de Jesús para ingresar a las filas del sacerdocio. Fue profesor de matemáticas y astronomía en la Real y Pontificia Universidad. Su gran sabiduría le granjeó los afectos de las altas esferas de la sociedad de su tiempo y de las autoridades virreinales de las que fue consejero. Fue cosmógrafo real, capellán y limosnero. Escribió muchísimo y sobre los temas más diversos, siempre con gran profundidad y conocimiento. Desafortunadamente, la mayor parte de sus obras no ha sobrevivido a los embates del tiempo y se perdieron por el descuido y la dispersión que sufrió su biblioteca cuando don Carlos falleció el 22 de agosto de 1700.

Sigüenza y Góngora es una gran luminaria de nuestro pasado colonial, junto con la monja sor Juana Inés de la Cruz, quien en 1995 también fue recordada a los trescientos años de su muerte. El reto de los historiadores ha sido siempre comprender la forma en que otras generaciones se han manifestado en el pasado. Estudiar la obra de don Carlos será siempre necesario, pues en ella no sólo aflora el hombre, el poeta, el astrónomo, el ingeniero, el profesor, el crítico, el polemista, el matemático, el sacerdote, el hombre de ingenio e influencia, sino también abre las puertas para el conocimiento de una época—el siglo XVII—la era del Barroco, o, como se le quiera nombrar a esa etapa de contradicciones, de búsqueda de sentido, de altibajos, de paz y rebelión, de dudas y seguridades, de logros y fracasos. Su influencia se proyecta al siglo siguiente, sobre todo con sus propuestas en materia científica. Él

¹ Recomendamos la de Juan José Eguiara y Eguren, la de Francisco Pérez Salazar, la de José Rojas García-Teñías y la de Irving Leonard, por citar a algunos.

fue un hombre que le encontró un sentido a la vida y en sus escritos dejó plasmados sus ideales y su visión del mundo. Sigüenza suplica y da personalidad a su siglo. En esto radica, creo, su mayor grandiosidad.

El trabajo historiográfico sobre nuestro personaje ha sido ininterrumpido desde principios del siglo XVIII. Insignes escritores y estudiosos en muchas áreas se han dedicado a develar las entretelas de su personalidad y de su pensamiento. Basta mencionar a algunos: Eguiara y Eguren, Clavijero, José Fernando Ramírez, Francisco Pérez Salazar, Irving Leonard. Eso no significa que se hayan agotado todas las vetas que enriquecen la obra del sabio novohispano. Queda todavía una enorme tarea por hacer para estudiar nuevos enfoques en torno a su legado. En este espacio nos interesa resaltar la universalidad de su pensamiento en general y, en particular, su profundo sentido de mexicanidad, no sólo en lo tocante al mundo indígena, sino sobre todo a la fecunda amalgama de éste con el elemento hispánico. Sigüenza nunca olvidó que su cultura era la maravillosa floración resultante de la fusión de estos dos elementos después de la Conquista. Es precisamente el rescate de esos espíritus —el universalista, heredado del humanismo, y el mexicano, derivado de su propio entorno— lo que anima este homenaje a los trescientos años de su muerte.

Los temas que trató Sigüenza tuvieron y tienen todavía una gran trascendencia. Se pueden rescatar discursos sobre el sentir criollo, sobre la condición del indio y del mestizo, sobre el catolicismo, el guadalupanismo, su interpretación de la Conquista, su concepción de la mujer, el tema del paraíso indiano, la polémica científica, la crisis de la astrología, la situación del Imperio español, etcétera. Siempre hay material suficiente para ser abordado por los estudiosos interesados en analizar la obra de Sigüenza y Góngora. Hay manuscritos, documentos o simples noticias aisladas que aún descansan en los cajones y expedientes de archivos y bibliotecas no sólo de México, sino del extranjero, que no han sido encontradas o que permanecen inéditas. Hay obras poco leídas —como atinadamente señala José Quiñones en el caso del *Triunfo Parténico*, contribución que presentó para este homenaje— y otras que guardan elementos susceptibles de ser estudiados por estas generaciones que buscan nuevas respuestas. Se requiere todavía emprender una labor de revisión de textos, de reeditar otros, de llevar a cabo estudios historiográficos, filológicos, estéticos y aun antropológicos y, por supuesto, literarios.

No ha sido la intención de este libro agotar todos los aspectos relativos a Sigüenza. A pesar de lo atractivo del tema y de la importancia del personaje, no son muchos los especialistas que hoy en día se dedican a profundizar en la obra del novohispano. No ocurre lo mismo con

sor Juana, por ejemplo, que ha sido objeto de especial interés entre nuestros colegas en los últimos años. Tómese también este libro como una invitación a futuros investigadores para abordar las facetas vitales de un hombre lleno de claroscuros y matices, un personaje de su tiempo que nos regaló, a través de su poesía, de su crónica y de su historia, un canto glorioso del siglo XVII novohispano.

Este volumen se ha dividido en dos partes. La primera quedó formada por los artículos de una pléyade de historiadores enamorados de su tema de estudio, quienes con entusiasmo han querido recordar a Sigüenza y Góngora trescientos años después de su muerte y han abordado su legado escrito desde varias perspectivas.

En su artículo, *Las Glorias de Querétaro como "relación" de fiesta y su percepción del paraíso*, María Dolores Bravo hace un interesante estudio sobre las *Glorias de Querétaro*, obra importante aunque poco estudiada de don Carlos, que pinta una sociedad "en la que la fiesta pública cohesionaba a los diversos estamentos, por medio de la fidelidad a los símbolos religiosos y monárquicos". La autora define este texto como una "relación" de gran valor documental pues representa la vida cotidiana, "la esplendorosa conjunción de lenguajes, plástico y visual [...] las diversas celebraciones que los estratos cultos y populares dedican, etcétera". Las *Glorias de Querétaro* reflejan la devoción religiosa a través de festejos, certámenes, procesiones, corridas de toros, mascaradas y representaciones teatrales. Asimismo, ofrece una faceta interesante de Sigüenza —a quien Dolores Bravo considera un escritor muy versátil y lo llama "gran cronista documental"— como autor barroco, no sólo como historiador puntual y detallado, sino también como escritor culterano. Para esta investigadora, la parte medular del escrito de Sigüenza es "la apoteósica relación de los magnos acontecimientos ocurridos en la ciudad de Santiago de Querétaro a partir del día de la solemne dedicación del templo a María de Guadalupe, que tuvo lugar el sábado 11 de mayo de 1680".

Otro elemento que destaca esta especialista en literatura novohispana es el papel de Sigüenza como forjador del "mito" del paraíso para América, particularmente para México, que le dio una nueva categoría al Nuevo Mundo: el de ser celestial, puro y primaveral —en contraste con la "caduca" Europa. Ello sustentó un sentimiento patriótico en nuestro continente. En suma, Dolores Bravo descubre nuevas claves en las *Glorias de Querétaro* de Sigüenza y Góngora para analizar el criollismo y otros elementos, y concluye:

La transmutación de lo histórico concreto a la historia trascendente de la salvación se produce por un proceso casi alquímico de fe y de amor a su "patria" como ya llama el autor a Nueva España. Es por ello —conti-

núa— que en la sublime creencia de la elección divina, su espléndida crónica sobrepasa el espacio y el tiempo concretos de la historia, para ubicarse en el umbral de la posteridad y del paraíso celestial.

Sigmund Jádmar Méndez Bañuelos presenta, en *Ingenio y construcción alegórica en dos arcos triunfales novohispanos*, un extenso y profundo estudio sobre los arcos triunfales ideados por sor Juana y Carlos de Sigüenza y Góngora con motivo de la llegada del nuevo virrey marqués de la Laguna en 1680. Principia con un análisis sobre la emblemática, los signos que son poseedores de significados y su valor semántico. En ese acercamiento a las formas de la alegoría y la simbología para descubrir su sentido a través de los arcos mencionados, Méndez dibuja costumbres y modos de ser de Nueva España del siglo XVII. En ese entonces se instrumentaban prácticas con carácter representativo, pedagógico y festivo, que además —nos explica— eran un medio de adiestramiento ideológico. Esto era importante pues se buscaba hacer convivir a todos los miembros de la comunidad, incluso a los grupos marginales. Estas construcciones fueron un elemento central de un complejo de ceremonias que en el Barroco constituían auténticos ritos políticos. El arco triunfal está, pues, cargado de significado y el autor se compromete a develarlo conforme con las claves de la corriente emblemática. Concluye que la creación alegórica está sustentada por un conjunto de elementos convencionales, a partir de los cuales —dice— “la facultad ingeniosa elabora nuevas ideaciones componiendo un original constructo de la imaginación”. Los arcos, en suma, “ilustran el procedimiento formal e ideológico de esta singular manifestación de la alegoría barroca”. En concreto, la contribución de Méndez Bañuelos analiza las formas de representación usadas por Sigüenza y sor Juana estableciendo una estrecha relación entre estos dos personajes en cuanto a sus proyectos artísticos e ideales. Habla del estilo, la erudición y el interés en el contenido doctrinal en ambos autores y destaca el sentido visual-pedagógico de las alegorías de sus respectivos arcos. En esa comparación, resulta que “frente a la finura intelectual de sor Juana, el *Teatro de virtudes políticas* se destaca como una creación original, osada incluso, en más de un aspecto”. Para él, “la gran originalidad del arco de Sigüenza radica en la elección de los tlatoanis mexicanos para componer su alegoría política”. En efecto, es interesante cómo don Carlos busca en el pasado histórico y mitológico representaciones significativas para su propia realidad, lo que se reflejará en el sentir de la clase criolla, basado en el nacionalismo y el sincretismo. Méndez concluye que el *Teatro* es un espejo histórico del mestizaje cultural de Nueva España a fines del siglo XVII, “una imagen de los anhelos y esperanzas contradictorias de la clase criolla novohispana”.

Por su parte, la historiadora Josefina Muriel dedica su atención a otra obra de Sigüenza; en su artículo *La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora manifiesta en su Paraíso Occidental* aporta datos interesantes para conocer la manera en que el autor la concibió, las fuentes que utilizó y los ideales que en ella plasmó.

Como conocedora de la cultura femenina en Nueva España, Muriel fija su atención en la forma en que don Carlos exalta a la mujer y a la monja en su papel de esposa y servidora de Cristo. Se destaca también su defensa de la mujer indígena que realizaba labores piadosas y caritativas dentro del convento con un elevado sentido moral. Alaba, asimismo, las virtudes cristianas y morales de sus personajes así como los valores de la cultura española inmersa en la religión católica. Nuestro escritor novohispano no fue un historiador frío y ajeno a su tema de estudio, sino uno profundamente comprometido y preocupado por los asuntos de su patria. Josefina Muriel nos informa sobre noticias adicionales del convento de Jesús María a las ya dadas por Sigüenza en su extenso libro. Nos descubre, además, un lado muy humano de don Carlos, el del hombre que siente pena por la condición de los indios, el que denuncia ante las autoridades los problemas que afectan directamente al convento y los más generales que aquejan a todo el Virreinato. El *Paraíso Occidental* es, según la autora, “una durísima crítica de Sigüenza a la política socioeconómica del gobierno español”.

En el análisis que hace del *Triunfo Parténico*, José Quiñones nos abre las puertas al mundo poético y literario inmerso en el legado de Carlos de Sigüenza y Góngora. Doble mérito tiene nuestro colaborador por tratarse de una obra erudita, de difícil acceso e inspiradora de pocos estudios críticos. Él insiste en que el texto debe ser entendido en el contexto de la época y su autor como hombre de su tiempo. Don Carlos fue buen poeta y literato en la llamada “cultura barroca”. Quiñones hace un estudio interesante de lo que se entiende por “barroco” y cómo puede emplearse este término cuando se hace referencia a Sigüenza. Nos recuerda “el casi total desconocimiento” de la obra que analiza, caracterizada por su “gran regusto barroco”. Empieza por los latinismos que son abundantes y que prueban la enorme erudición del novohispano, además del análisis que hace de los símbolos y jeroglíficos. El *Triunfo Parténico* es un ejemplo de un escrito alegórico y elitista, que está de acuerdo con los gustos de la época. El artículo de José Quiñones anima al lector a emprender el estudio de este texto por la necesidad de aproximarse profunda y extensamente a los elementos más importantes para la historia y la literatura mexicanas del siglo XVII que pueden entresacarse de sus líneas.

El acercamiento a Sigüenza y Góngora en materia científica se da a través de los artículos de Elías Trabulse, de Laura Benítez y de Víctor Navarro. El primero habla de su labor como cosmógrafo real, que incluía trabajo de ingeniería, astronomía, geodesia, agricultura, cartografía y geografía. En el estudio que tituló *La obra científica de Sigüenza y Góngora (1667-1700)*, Trabulse estudia su faceta en estos quehaceres y la versatilidad que alcanzó en los campos de la agronomía, la física, la exploración, la cartografía y otros. Lo destaca como un hombre de mentalidad abierta e inquisitiva, ante todo, “un hombre de ciencia, aun en el momento de escribir poesía o historia”. El autor explica que su interés atendía el empeño criollo de revalorar y legitimar lo propio con respecto a otras partes del mundo.

En su extenso artículo, Trabulse afirma que los aportes de don Carlos no fueron sino el resultado de toda una corriente científica que le precedió, que se desarrolló en Nueva España en el segundo tercio del siglo XVII. Este erudito investigador de la ciencia en México afirma que existió una novedosa corriente de apertura en este terreno que nos obliga a revalorar las manifestaciones generales de esta centuria y no relegarla al olvido. Este siglo fue “uno de los más brillantes de toda nuestra historia” por los aportes que se hicieron en el campo de las matemáticas y de la astronomía. Sigüenza debe ser situado como un eslabón que recibe la herencia anterior y prefigura a los enciclopedistas del siglo XVIII.

Trabulse cubre una amplia gama de aspectos que se refieren a la labor científica de Sigüenza. Habla de su rica biblioteca, de su trayectoria como matemático, como físico, como ingeniero, como astrónomo. Sobre todo en esta última actividad fue don Carlos un científico aventajado, incluso a las autoridades europeas. Su importancia radica en que con él, “la ciencia pasó de ser un estudio imparcial del mundo físico a ser el instrumento de formación y configuración de una ideología histórica que hallaría su gran eclosión en el siglo XVIII”. Con su artículo sobre Sigüenza, Trabulse nos invita a considerar que “la ciencia mexicana del siglo XVII requiere de una revalorización que permita situarla en el lugar que merece en el desarrollo cultural de México”.

Por su parte, Laura Benítez intenta, en su artículo *Los lunarios en la perspectiva de la filosofía natural de Carlos de Sigüenza y Góngora*, marcar la diferencia entre la ciencia tradicional y los albores de la nueva ciencia a través de los ejemplos del propio don Carlos y de Sancho de Salazar, autor de lunarios que le antecede un siglo al criollo mexicano.

La autora analiza el *Reportorio de los tiempos*, de Salazar, y los lunarios, de Sigüenza, en forma comparativa. Sus manuales sobre conocimientos astronómicos y la influencia de los astros sobre el mundo na-

tural y el humano responden a un marco teórico que abarca todo conocimiento. Pero es en los lunarios de Sigüenza donde podemos ver cómo viejos esquemas cosmológicos son sustituidos por la idea de un universo abierto.

Laura Benítez aporta un estudio profundo derivado de fuentes documentales primarias que descubren la faceta de Sigüenza y Góngora como astrólogo, actividad que abarcó cerca de tres décadas de su vida. En los lunarios aparecen las principales festividades religiosas, eclipses de sol y luna, calendario anual, condiciones climáticas, recomendación para prácticas médicas y agrícolas, y los juicios del año. La autora analiza los esquemas explicativos de las “cualidades reales”, recursos que lo acercan a Salazar y a Enrico Martínez, que lo inserta dentro de la visión del mundo que prevalecía en esa época y trasluce su concepción del universo. Pero Sigüenza supera a estas dos personalidades porque pone en duda la tradición aristotélico-escolástica gracias —opina Benítez— al “escepticismo de la modernidad”. Sigüenza escinde el nivel teórico del conocimiento práctico. Su tendencia debilita el viejo fundamento sobre los pronósticos al poner en duda el esquema de propiedades reales, que se explica con amplitud en este trabajo. Esto provocó que el marco teórico de la astrología se hiciera insostenible. Sus lineamientos están dirigidos a un público amplio e interesado en estas cuestiones que requieren de una guía cotidiana, aunque carezca de un fundamento epistemológico y metodológico. Desde la perspectiva del método, Sigüenza considera que la astrología “carece de evidencia física y de certidumbre matemática”. La nueva astronomía, basada precisamente en estas premisas, se perfila en el horizonte.

En su artículo, *La Libra Astronómica y Filosófica de Sigüenza y Góngora: la polémica sobre el cometa de 1680*, Víctor Navarro hace una interesante correlación entre Eusebio Francisco Kino y nuestro autor. Tras una minuciosa lectura de los libros de estos autores, analiza el contenido y realiza un interesante estudio comparativo de los temas científicos que allí se tratan. Encuentra similitudes en las opiniones de ambos y discrepancias con respecto al pronóstico del cometa, donde Kino disiente completamente de lo expuesto por Sigüenza.

Víctor Navarro hace precisamente un análisis de esa discrepancia. La *Libra* discute la validez de la astrología y ataca —justificadamente— el argumento de autoridad de Kino. “En definitiva —explica Navarro— aquí se contraponen el saber como una hermenéutica, propio de la Edad Media, al saber como búsqueda activa y constructiva de la verdad”.

La contribución de Víctor Navarro —que nos llega desde España para este homenaje— destaca por su originalidad, ya que analiza los fundamentos de la crítica de Sigüenza a Kino con detalle, lo cual —hasta

donde sé— no se había hecho con tanta precisión. Así, se profundiza en el significado de los cálculos matemáticos y, sobre todo, en las fuentes en las que Sigüenza basó sus conocimientos. El autor descubre aciertos y errores en la *Libra*, así como razonamientos poco consistentes, lo que se explica porque en Sigüenza todavía cabe la vieja concepción cualitativa del universo en torno a muchos aspectos. Hay un afán de equilibrio por parte de Navarro que el lector agradece, pues se trata de un esfuerzo realmente comprensivo de Kino y Sigüenza como dos hombres de su tiempo. Dice el autor: “aunque Sigüenza tiene toda la razón al exponer la diversidad de opiniones acerca de los cometas, y el carácter de mera suposición probable de las mismas, debe señalarse que Kino no había hecho sino proponer una de las más difundidas entre los astrónomos y filósofos contemporáneos”.

El artículo se ve enriquecido enormemente por la gran erudición de Víctor Navarro en torno a las fuentes y autoridades de la ciencia en los siglos XVI y XVII. Muestra los varios aspectos y dimensiones de la disputa cuya finalidad no sólo era el liderazgo científico, la credibilidad o la verdad, sino también el honor y legitimidad del contendiente ante sus mecenas y el público en general. Desde luego, se destaca la labor de Sigüenza para construir su identidad como científico y matemático criollo al reivindicarse con respecto al jesuita alemán. Navarro observa que de un mexicanismo antieuropeísta, Sigüenza pasaba a un hispanismo orgulloso. También se estudia aquí la faceta de Sigüenza como astrólogo y concluye que no debe verse a don Carlos como una figura aislada, sino como una inmersa en su siglo que responde a los modelos de pensamiento que prevalecían entonces. Sigüenza puede considerarse así repetidor y precursor al mismo tiempo. Es importante situarlo en su contexto, por lo que debe tomarse en cuenta “que el último tercio del siglo XVII es el que se ha señalado como periodo de emergencia del movimiento novator, que planteó un programa de recepción sistemática y asimilación de la ciencia moderna en España”. A través del ejemplo de Sigüenza en su manifestación contraria a Kino y a otros detractores intelectuales, puede verse el indicio de la crisis de la astrología en Nueva España. En suma, los tres trabajos sobre el pensamiento científico de Sigüenza y Góngora se complementan al regalarnos una fina interpretación de la posición de este criollo notable en su propio contexto histórico, científico y cultural.

Otro extenso artículo que abre nuevos enfoques de la personalidad y el legado de Sigüenza y Góngora es el que se titula *Sigüenza y Góngora y la universidad: crónica de un desencuentro*, de Enrique González. Lo considero una de las aportaciones más originales de este volumen pues estudia con profundidad múltiples aspectos de la vida de don Carlos

que han sido muy poco estudiados. El autor se propone mostrar cómo la Universidad no era el marco idóneo para que nuestro criollo gozara del debido reconocimiento. Pone entonces de relieve las pobres condiciones que ofrecía esta institución para el desempeño de un científico que quisiera apartarse de las carreras tradicionales y las reglas establecidas, porque además imperaba el respeto por las autoridades consagradas, la mayor parte de las cuales se encontraba inmersa en el modelo aristotélico de ciencia. Por la personalidad de Sigüenza y por sus intereses, esto motivó un desencuentro mutuo entre el sabio y la institución.

En la primera parte de su trabajo, González aporta un magnífico estudio sobre la Real Universidad de mediados del siglo XVII para situar posteriormente a Sigüenza, del que hace una de las mejores pinturas como ser humano “de carne y hueso” como lo expondrá también Ernesto de la Torre en su brillante ensayo, igualmente contenido en este volumen. Enrique González considera que “sería aventurado afirmar que en don Carlos encontramos al nuevo modelo de sabio en estado de pureza, pero es innegable la pasión que manifestó durante su vida por los nuevos saberes, hasta donde podía acercarse a ellos y cultivarlos desde Nueva España”. Con gran detalle y, sobre todo, con base en documentos novedosos extraídos de diferentes archivos, el autor emprende una labor de comprensión de la figura de aquel hombre a quien la historiografía ha resaltado con tal brillantez, que ha olvidado los claroscuros de una personalidad que también dudaba, sufría, padecía, peleaba y aborrecía. En su opinión “el drama personal de haber sido rechazado por la Compañía [de Jesús] lo llevó a desarrollar la carrera literaria y científica que dio singularidad a su biografía, aun si ésta fue poco comprendida por sus contemporáneos”. El difícil tránsito de don Carlos por la Universidad destaca sus particularidades como ser humano. Su pasión por otros menesteres y sus propios gustos por las matemáticas, por la poesía y por la historia lo alejaron de sus cátedras. De esa forma, “absorbido por sus aficiones literarias y astrológicas, Sigüenza iría perdiendo paulatinamente el interés por una carrera jurídica o en otra facultad”, y terminaría como una figura marginal dentro de ese recinto. Así, “hoy recordamos a Sigüenza por una multitud de actividades de distinto carácter, casi todas ajenas a su docencia...” A la par, es a través de este artículo que el lector puede percibir que la relación de Sigüenza con la Universidad revela mucho del estado de la cátedra universitaria en general en Nueva España.

En un precioso ensayo titulado *Sigüenza y Góngora, hombre religioso*, Ernesto de la Torre Villar habla sobre la necesidad de situar a don Carlos como hombre “de carne y hueso”, si bien excepcional, no un mito inasequible. Para él, en las aproximaciones que se hacen del sabio

polígrafo, “echamos de menos los retratos auténticos en donde están dibujados sentimientos y afanes, gustos y antipatías”. A veces estas cualidades tan humanas “se deslíen, se borran ante la magnitud de la obra”. La contribución de De la Torre se centra en el aspecto de Sigüenza como hombre religioso, faceta poco estudiada anteriormente. Es, sobre todo, en las *Glorias de Querétaro* y en el *Triunfo Parténico* donde se halla “en parte expresada su sensibilidad ante las manifestaciones religiosas y profanas de la sociedad mexicana,* en donde percibimos rigurosamente perfiladas sus creencias y su sentido de lo religioso”. En estas dos obras fundamentales Sigüenza y Góngora transmitió su interpretación de la realidad que palpaba y, a la vez, descubrió su propio sentir religioso. A través de éstas y de otros escritos, don Carlos analiza su concepción de Dios como creador, como fundamento de todo saber, de la Providencia, de Cristo, de la Iglesia católica, guardiana de la fe, y de la Virgen, especialmente en su advocación de Guadalupe. De la Torre opina que “en el concierto de voces guadalupanistas, la de Sigüenza es la más argentina por su limpieza, la más sonora por su fidelidad y la más sincera”. El autor profundiza en la piedad de Sigüenza basada en el recogimiento silencioso en el amor de Dios y del prójimo, la dación del auxilio, del consuelo, el fervor hondo y recio hacia Cristo, el Salvador. Fue este capellán y limosnero un modelo en sus labores clericales.

El espíritu de Sigüenza se desborda ante las festividades y el fervor de la sociedad que se vuelca en honor y agradecimiento hacia la divinidad. “Como buen criollo —dice Ernesto de la Torre— amó la ostentación en el culto religioso, pues sentía era buen medio para llegar al pueblo al que admiraba por su religiosidad, por su fe sincera y admirativa”. En su opinión, “las *Glorias de Querétaro* representan mejor que ninguna otra obra el himno alegre y venturoso, la alegría que desborda el espíritu religioso del pueblo mexicano”.

En materia de pensamiento, don Carlos deslindó con perfección “su razonar científico y su razonar religioso”. “No encubre —continúa Ernesto de la Torre— con el dogma y la doctrina lo que el saber racional muestra y afina”. Lo que es más notable, como otros insignes humanistas, él se alejó de la escolástica decadente y abrió las vías al ingreso de la teología positiva. Ernesto de la Torre concluye que, en su religión, Sigüenza es el ejemplo claro de un buen católico novohispano,

* En el presente volumen, el lector encontrará en múltiples ocasiones la alusión de diferentes autores al término “sociedad mexicana”, “cultura mexicana”, “mexicanidad”, etcétera. Debemos aclarar que estos conceptos difieren de la connotación que tienen en la actualidad. Sí creemos que es lícito utilizar el término aunque sea para hacer referencia a una identidad en gestación.

con su sensibilidad, finura y enorme espiritualidad, “del cristiano de diecisiete siglos hondo y recio”.

Debo finalmente añadir a toda esta lista de brillantes colaboradores mi propio artículo dedicado a don Carlos que titulé *El guadalupanismo en Carlos de Sigüenza y Góngora*. La importancia del culto guadalupano para los mexicanos hace necesario analizar la historicidad de este asunto desde sus inicios. El siglo XVII fue clave en la interpretación del guadalupanismo y la opinión de uno de sus máximos exponentes es de sumo interés en este caso. Por eso hice el estudio de la concepción que tuvo Sigüenza sobre la Virgen del Tepeyac a lo largo de toda su obra.

La segunda parte de este volumen ofrece otro aspecto para un acercamiento a Carlos de Sigüenza y Góngora. Se han incluido aquí dos obras que consideramos de mucha importancia y que merecen estar al alcance de los estudiosos interesados. La primera es el poema *Oriental Planeta Evangelico*, subtítulo *Epopéya sacro panegírica al apóstol grande de las Indias S. Francisco Xavier*, escrita por Sigüenza en 1668 y publicada en 1700 después de su muerte por su sobrino Gabriel López de Sigüenza. Vale la pena recordar también este texto a trescientos años de haber salido a la luz por primera vez. Hace ya también muchos años que Irving Leonard lo publicó en 1931 junto con otras poesías de don Carlos² y desde entonces no ha sido reeditado. Al hacerlo ahora se pone nuevamente al alcance de los lectores interesados que frecuentemente padecen para encontrar más de uno o dos ejemplares en las bibliotecas.

El *Oriental Planeta Evangelico* es el poema en el que Sigüenza exaltó la hazaña de san Francisco Javier, incansable evangelizador jesuita en lejanas tierras de Asia. Ha sido ésta una obra relativamente poco estudiada, en parte, quizá, debido a la complejidad de su composición, o porque se considera que no es tan trascendente como el legado científico e historiográfico de nuestro ilustre polígrafo novohispano. La obra se encuentra inmersa en un contexto histórico y transmite una visión del mundo y un sentir sobre varios temas que son importantes para quienes abordan el estudio de Sigüenza y Góngora.

El poema se divide en noventa y cinco estrofas. Está escrito en silvas (siete a once sílabas). Su construcción refleja el interés ecléctico del autor, empapado de humanismo y de conocimientos del mundo grecorromano, de la filosofía hermética, de astrología, ciencia y, sobre todo, de valores cristianos. Don Carlos escribió el poema cuando tenía

² Irving A. Leonard (comp.), *Poemas*, pról. de Ermilo Abreu Gómez, Madrid, 1931 (Biblioteca de Historia Hispanoamericana).

veintitrés años de edad. Sin embargo, decidió no publicarlo —como lo refiere su sobrino— aunque estaban las licencias para sacarlo a la luz pues le pareció que no estaba bien limado en términos astrológicos. Por estos motivos la obra salió ya tardíamente.

El otro texto que incluimos se conoce como *Anotaciones críticas sobre el primer apóstol de Nueva España y sobre la imagen de Guadalupe de México* y fue escrito alrededor de 1699. El documento se encuentra manuscrito en poder de la Bancroft Library de la Universidad de Berkeley en California.³

Ha habido discusión sobre si es Sigüenza y Góngora el autor del escrito. José Fernando Ramírez, Juan José de Eguiara y Eguren y Alfredo Chavero lo atribuyen a él, aunque sea en parte.⁴ He llevado a cabo un minucioso estudio de la obra y tengo la firme convicción de que es de la pluma de Sigüenza por varias razones. Hay ideas contenidas en el texto que ya había desarrollado en otros escritos (por ejemplo, lo relativo a la Virgen de Guadalupe, la mención de santo Tomás como evangelizador de América previo a la llegada de los europeos, su apología de la Conquista y su tratamiento de Cortés como figura heroica y piadosa, entre otras). Asimismo, por su idea de la historia y su método que también continúa la misma línea de los escritos anteriores que se refieren a tema histórico. Por último, proporciona datos biográficos que coinciden completamente con los suyos.

Desafortunadamente, se ha perdido parte del texto. Éste se encuentra fragmentado en su primera y última partes, y parcialmente en medio. Cuando lo adquirió Hubert Bancroft, carecía de portada y el historiador norteamericano le puso el título citado líneas atrás. También se le conoce como *Anotaciones críticas a la obra de Bernal Díaz del Castillo y de fr. Juan de Torquemada*.

José Fernando Ramírez encontró el manuscrito en la iglesia de la Profesa el siglo pasado. Era parte de una colección de veintiocho tomos que tenía Sigüenza y que fueron legados a los jesuitas en 1700. Agrupaba escritos históricos de él y de otros autores que le habían sido entregados para que los revisara. El volumen se conocía como *Fragmentos de Historia Mexicana* o *Fragmentos de Memorias Mexicanas*, según los títulos que usaron Eguiara y Eguren y Ramírez, respectivamente. Además de las *Anotaciones*, contenía valiosos textos como *Alboroto y motín de los indios de México*, *Informe sobre Pensacola*, *Memorial de los indios de Tlaxcala* y otros.

³ Bancroft Coll. UC Berkeley, ms. 225, 69 p.

⁴ Véase Elías Trabulse, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988.



Por supuesto, cabe la posibilidad de que algún día se descubran los fragmentos faltantes o se encuentre al verdadero autor, si lo hay, del manuscrito. Por ahora, son nuestros aliados los secretos del tiempo y las circunstancias históricas que arrojaron el material sin otras pruebas de autenticidad. El escrito, tal como está, ofrece un material muy rico para el estudio de la historia de México, sobre todo en lo referente a los temas de la Conquista, la evangelización, el culto de Guadalupe y la creencia en la venida de santo Tomás. Los comentarios al margen (que aquí se han insertado entre corchetes) lo enriquecen también enormemente.

Este libro de homenaje se ha podido realizar gracias al interés de los colaboradores a quienes agradezco, en honor a la memoria de Carlos de Sigüenza y Góngora, su participación. Igualmente, al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México bajo cuyos auspicios sale la publicación y por el interés de su directora la doctora Virginia Guedea. Aprecio también la labor de María de los Ángeles Navarrete que transcribió las *Anotaciones críticas* y de José Quiñones Melgoza por revisar la transcripción latina, así como la ayuda técnica de Leticia García, Alfredo Domínguez y Alejandro Reyes. Agradezco, también, la hospitalidad de la Bancroft Library en Berkeley, especialmente a Walter Brem, y asimismo a Ricardo A. Sánchez Flores, el cuidado de la edición, Ramón Luna Soto, Rosalba Cruz y Miriam Izquierdo, su apoyo para la publicación de esta obra.